

Aproximación al mundo poético de Saint-John Perse

Yvonne Etcharren

La sensibilidad del hombre en su encuentro con el entorno le ha llevado a expresar la belleza de esta porción de universo, en donde la vida humana se despliega.

Desde los albores de la existencia, la armonía del mundo circundante ha despertado en la intimidad del hombre una actitud estética, estableciéndose una especial relación entre lo externo y su propio ser.

La vivencia de quien capta la belleza se impregna de sentido al intuir la personal existencia como valor. Cuando el hombre lleva en sí el germen de lo bello, la sensibilidad facilita su auténtica expresión.

Suelen existir fenómenos humanos y cósmicos que no se dejan atrapar por el pensamiento lógico, ni se logran describir en un lenguaje racional. Necesitan la sensibilidad del poeta, la luz de su verbo y de su espíritu: "Los poetas nos transportan hacia un mundo más vasto y más bello, más ardiente o más suave que aquel que nos es dado diferente y por lo mismo, en la práctica, casi imposible de vivir en él" (YOURCENAR, M., 1982, p. 307).

Esta reflexión nos permite evocar a uno de estos espíritus selectos, a uno de los mejores poetas de nuestro siglo: Saint-John Perse, premio Nobel de Literatura 1960.

Nacido en una familia de colonos franceses vecinada en las islas de coral, en el mar de las Antillas, comienza en 1887 su vida Alexis Saint-Léger Léger, verdadero nombre del poeta.

Su infancia transcurrió entre gorgoros de aves multicolores, entre aguas brillantes, entre estrellas y luna del trópico, rodeado de vudúes y sortilegios, entre plantaciones de frutos generosos, en medio de la ubérrima vegetación de aquellas latitudes.

A la edad de once años sus padres lo llevan a Francia, realiza sus estudios en el Liceo de la ciudad de Pau, en la región del Béarn, cercana a los Pirineos. Pasa luego a Burdeos, donde prosigue estudios en la Facultad de Derecho de esa ciudad.

Al terminar sus estudios comienza a viajar por el mundo: visita Europa, Guinea, Australia, Asia. Ingresa al Ministerio de Relaciones Exteriores de su país y, desde 1916 a 1921, desempeña el cargo de Secretario de la Embajada de Francia en Pekín. En aquella ocasión viaja por China, luego pasa a Japón, a Mongolia y Asia Central. En esas regiones conoce monjes y filósofos con quienes compartió su amistad. Se aventura por el desierto de Gobi. Estando en Pekín escribe *Anábasis*, su primer volumen de poemas, publicado en Francia en 1924.

Más tarde cumple las funciones de Director Público del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, durante siete años. Los asuntos políticos europeos de la época ponen fin a su carrera diplomática, en la que siempre hizo una labor pacifista. El gobierno de Vichy le hace perder su nacionalidad francesa.

Decide así partir en 1940 a los Estados Unidos, se establece en Washington, donde durante cinco años ejerce las funciones de Consejero Literario en la Biblioteca del Congreso.

Aunque en el momento de la liberación se le reintegra la totalidad de sus derechos como ciudadano francés, Saint-John Perse no vuelve en aquella ocasión a Francia. Así hizo de los Estados Unidos la patria de su exilio voluntario.

La Academia Americana de Artes y Letras le otorgó en 1950 el Premio de Poesía, discernido por primera vez a un extranjero. En 1955 recibió el Gran Premio Nacional de las Letras de París y el Premio Internacional de Poesía.

Regresó definitivamente a Francia en 1957, un año antes de contraer matrimonio con Dorothy Russell, con quien compartió su vida hasta su muerte en 1975.

Uno de los temas principales en la obra poética de Saint-John Perse es un movimiento oscilante entre el Viejo y el Nuevo Mundo.

Habitante de la isla Guadalupe, ubicada entre ambos continentes, el poeta se identifica con estos hombres de tez sombría que parecen conservar, entre dos aspectos grandiosos, el recuerdo y la mentalidad de sociedades primitivas.

Identificado con su pueblo, el poeta lo transporta con él en sus viajes, y son las creencias, los dioses, la estructura social jerárquica de este pueblo lo que él confrontará con aquellos de Europa y Asia.

A través de los hombres de las islas felices, como él evoca a los hombres de las Antillas, llega a aquellos de Persia, de China y de la India.

Este movimiento pendular entre dos mundos anima al poeta en su digna misión de intérprete del mensaje entre el Este y el Oeste, entre los hombres de esa y esta raza, entre las cosas visibles e invisibles.

El, como poeta, ante esta alta misión, construye su morada entre las latitudes de su poema, y así sus poemas son la creación de un

cuerpo oral donde la materia está desubstanciada, donde el espíritu se realiza en estados concretos, en imágenes cósmicas.

Su arte es hacer sentir por medio de un lujo verbal, la desnudez eficiente de la esencia.

En la poesía de Saint-John Perse el mundo está tomado en su totalidad, y la visión del poeta lo sobrevuela en todas sus dimensiones, tanto en el sentido humano de la historia como en el sentido cósmico del espacio.

“La suya es una poesía discursiva que desarrolla con lentitud una prosodia solemne. En ella enumera y clasifica el sentido del Universo, mientras que la mayor parte de los poetas de su tiempo desdeñan los seres y los acontecimientos. Se dice, entonces, que sus versos se visten suntuosamente, que están compuestos de imágenes vivas y seguras. Estos gestos sucesivos van así, como entregándonos el sentido secreto y sagrado del mundo. Es que ante sus ojos este mundo aparece como asido en la profunda significación de su totalidad” (ARANDA).

En su intención, por lo menos, la poesía de Saint-John Perse no tiene nada en común, a pesar de las apariencias, con esa poesía idealizadora de corte simbolista: “Nuestros poemas se irán aún sobre la ruta de los hombres, llevando semilla y frutos a la raza de los hombres de otra edad, hasta las riberas lejanas donde deserta la muerte”. Aquí la poesía se une a la realidad, a toda la realidad, no idealizándola, consagrándola.

Lo que hace la esencia poética de Saint-John Perse aparece ya en los poemas reunidos bajo el título de *La gloria de los reyes*. Aquí se combinan la prosa y el versículo, el menor detalle se alza en una arquitectura maravillosa y posee, por sí mismo, la amplitud de un fresco del cual no es sino un fragmento.

En *Anábasis*, especie de crónica de viajes, el poeta se inscribe entre aquellos que hacen de su vida un partir incesante, es, pues, “El extranjero sobre todas las playas de este mundo”, a quien encontraremos más tarde en el poema *Exilio*, escrito en Estados Unidos. Este poema canta la tristeza del poeta exiliado, pero también la grandeza del exilio para el poeta.

En el exilio el poeta no está solo: habla a su poema, siente cómo crece y cómo se eleva.

Este tema lo volvemos a encontrar en sus poemas “Lluvias” y “Vientos”, escritos entre las lluvias y los vientos de las sabanas, en Georgia.

Son los elementos de la naturaleza quienes acompañan la soledad del poeta. “Nieves” y “Poemas al Extranjero” completan el ciclo de *Exilio*.

Una de las últimas obras publicadas por Saint-John Perse lleva por título *Amers*, y constituye un hermoso poema al mar.

“El mar que viene a nosotros sobre las gradas de piedra del drama, con sus príncipes, sus regentes, sus mensajeros vestidos de énfasis y de metal, sus grandes actores con los ojos cavados, sus profetas y sus vírgenes que caminan en las labores del himno”^o (*Amers*, p. 140).

Posteriormente a “Amers” fueron publicados sus poemas “Chroniques” (1959), “Oiseaux” (1962).

Cuando uno se inicia en la lectura de este poeta, un vocabulario inusitado, elementos morfológicos y sintácticos tratados de una manera muy particular, términos históricos, geográficos, científicos dificultan adentrarse en este museo de lo precioso y de lo durable; sin embargo, a medida que damos vuelta las páginas de sus libros va apoderándose del lector una fuerza interior, un impulso que no es producto de la reflexión, ya que no es el sentido del verso el que nos coge, sino una especie de acompañamiento interior; es algo así como cuando se escucha, por primera vez, la música de algún gran maestro y, sin comprender mayormente el tema, nos sentimos transportados, nos coge por entero y nos eleva por sobre los techos del mundo. Luego, desde allá, comenzamos a disfrutar del vasto espacio poético.

Hay en esta poesía una amplitud de ritmos, que presupone una extraordinaria riqueza de experiencias, una gran libertad de alma, un espíritu dispuesto a enfrentar el destino. Es una poesía nutrida de espacio a la cual le son necesarios lejanos horizontes para desarrollarse.

Es la marea de la historia toda, en la respiración de las edades, es la diástole que acumula tesoros y la sístole que los esparce por las arterias de la tierra.

En este océano de palabras que son sus poemas, el alma se lava de sus rencores, de sus mezquindades, y por una terapéutica ignorada y asombrosa, se alivia de su mal. Tal vez sea porque al universo poético de Saint-John Perse le restituye su dignidad, dignidad del hombre, dignidad del mundo.

A través de su lenguaje las cosas surgen chorreantes de savias, de perfume de vida, del color, del olor y del sabor que le son propios.

La tierra, el mar, el cielo no son inmóviles paisajes de adjetivos, sino regiones penetradas de aroma, trémulas bajo la pesada gravitación de los astros y del agua.

Regiones que tienen su luz, su clima, su temperatura; regiones en que los vientos, las lluvias y las nieves no son efímeros telones de fondo, sino el tema mismo de su canto, la medida de su ritmo, la llave de su mensaje.

^o Cuando no se indica que las traducciones provienen de la autora de este artículo, ellas pertenecen a Jorge Zalamea (véase Referencias).

Desde otro ángulo, tal vez no exista otra poesía más poblada que ésta de Saint-John Perse. Aquí hablan las generaciones, las razas, los pueblos. Toda una humanidad se agita y hormiguea bajo la piel de sus poemas.

Es el reflejo cándido y violento de los elementos cósmicos.

Aquí se entrelazan motivos de vida donde quema un fervor de felicidad vivida, no especulativa; donde se establece una convivencia inefable entre el ser y el corazón, entre la historia y lo absoluto.

En la imposibilidad de analizar cada uno de sus poemas, nos permitiremos detenernos un momento en algunos, en los que conoceremos al poeta niño, y en otros en que lo conoceremos en la madurez.

Se trata de: "Para celebrar una Infancia" y "Vientos". Los primeros poemas aparecieron publicados en la *Nouvelle Revue Française*, en junio de 1910. Eran los primeros pasos que lo conducirían 50 años más tarde, exactamente, a Estocolmo a recibir el Premio Nobel.

En estos poemas, el poeta evoca su infancia en las Antillas, su vida sobre los veleros, la servidumbre de color, las plantas, las altas palmeras, los gatos errabundos, el puerto lleno de mercaderías coloniales, el viejo carcomido por la lepra:

"... Mi niñera era mestiza y olía a ricino: siempre vi las perlas de un brillante sudor sobre su frente, en torno de sus ojos — y tan tibia, su boca tenía el sabor de las pomarosas, en el río, antes del mediodía.

... Pero de la abuela amarilleante y que tan bien sabía curar la picadura de los mosquitos, diré que se es bella cuando se tienen medias blancas, y llega, por la persiana, la juiciosa flor de fuego hacia vuestros largos párpados marfileños.

... Yo no conocí todas sus voces, y no conocí todas las mujeres, todos los hombres que servían en la alta casa de madera; pero todavía recordaré por largo tiempo unos rostros insonoros, color de papaya y de hastío, que se detenían tras nuestras sillas como astros muertos".

(“Para celebrar una infancia”, p. 22)

Saint-John Perse parece siempre retornar a su infancia para agradecerle; la evoca con especial cariño.

En un pasaje nos cuenta cómo una sacerdotisa de la isla lo pinta una noche, con azafrán, y lo lleva clandestinamente a los ritos de encarnación de un dios y lo pasea bajo las estrellas, por entre los trabajadores de la plantación, tocando con sus hechizos los enfermos.

"Me acuerdo de la sal, me acuerdo de la sal que la nodriza amarilla hubo de limpiar del ángulo de mis ojos.

El hechicero negro sentenciaba en la despensa: "El mundo es como una piragua, que, volteando y volteando, no sabe ya si el viento quiere reír o llorar..."

Y en seguida mis ojos trataban de pintar un mundo balanceado entre brillantes aguas, y reconocían el mástil liso de los troncos, la gavia bajo las hojas..., en donde, demasiado largas, las flores remataban en gritos de papagayos".

(“Para celebrar una infancia”, p. 18)

Esta es su infancia: regalona, aventurera, hecha de mil alegrías:

“Infancia, amor mío, también he amado la noche: es la hora de salir,

Nuestras nodrizas han entrado en la corola de los trajes... y pegados a las persianas, bajo nuestras trenzas heladas, hemos visto cómo lisas, cómo desnudas, levantaban a todo lo alto del brazo el blando anillo de la falda.

Nuestras madres van a bajar, perfumadas con la hierba-de-Madame-Lalie... sus cuellos son hermosos. Ve delante y anuncia: ¡Mi madre es la más bella! — Digo ya las almidonadas telas que arrastran por los cuartos un dulce ruido de truenos”.

(“Elogios”, pp. 52-53)

Infancia hecha, también, de algunas penas. Penas de estar obligado a dejarse peinar:

“Cuando hayas terminado de peinarme, terminaré de odiarte”.

El niño quiere que le peinen en el umbral de la puerta.

“No tires así mis cabellos. Ya está bien con que tengan que tocarme. Cuando me hayas peinado, te habré odiado”.

Entre tanto, la sapiencia del día toma la forma de un bello árbol y el árbol balanceado que pierde un pellizco de pájaros escama en las lagunas del cielo un verde tan bello que no hay nada más verde sino la chinche de agua.

“No tires tan largamente mis cabellos...”

(“Elogios”, p. 56)

Otra de sus penas era tener que dejarse vestir, el que lo llevaran por la mano:

“Y ahora dejadme, voy solo.

Saldré, pues, tengo algo que hacer: un insecto me espera para

negociar. Me regocijo con su gran ojo facetado: anguloso, imprevisto como el fruto del ciprés.
O bien tengo una alianza con las piedras de azules venas; así, pues, dejadme sentado, en la amistad de mis rodillas”.

(“Elogios”, p. 57)

Nos cuenta igualmente sus alegrías, su amistad con un caballo:

“He amado a un caballo —¿quién era?— me ha mirado de frente, bajo sus mechás.
Los palpitantes agujeros de sus narices eran dos cosas bellas de ver — con ese viviente hueco que se hinche encima de cada ojo. Cuando había corrido, sudaba: ¡eso es brillar!, y he oprimido lunas contra sus flancos con mis rodillas de niño...
He amado a un caballo —¿quién era?— y a veces (pues una bestia saber mejor qué fuerzas nos ensalzan) levantaba hacia sus dioses una cabeza de bronce: resoplante, surcada por un pecíolo de venas”.

(“Elogios”, p. 30)

Nos relata, además, la visita a los amigos, a las plantas, a las flores, a las sombras, a las lluvias, al movimiento de las horas sobre las sabanas, a los hombres y mujeres cultivando la tierra entre las palmas y los espesos follajes. Su admiración por la noche:

“Y la noche llega antes de que nos hayamos habituado a estos lugares. Las bestias mugen entre nosotros. A nuestras puertas, muy grandes espacios son atravesados por un largo sendero. Pistas de frescura se abren su camino hasta nosotros. Y hay un movimiento en la cima de la hierba. Las abejas salen de las cavernas en busca de los más altos árboles bajo la luz. Descubrimos nuestras frentes, las mujeres han recogido sus cabelleras sobre sus cabezas. Y las voces se prolongan en la noche. Todos los caminos silenciosos del mundo están abiertos. Hemos machacado algunas de esas plantas oleaginosas. El río está lleno de burbujas, y la noche está llena de alas, el cielo es del color de una rosa raíz de ipomea. Y no se trata ya de obrar ni de contar; pero el cansancio gana los miembros del más fuerte; y hora más vasta que esta hora, no conocimos nunca... Lejos están los países de tierras blancas, o de pizarra. Hombres de baja civilización vagan por las montañas. Y el país es gobernado... La lámpara brilla bajo su techo”.

(“La gloria de los reyes”, “Amistad del príncipe”, p. 78)

El poema "Vientos", del que me ocuparé ahora, presenta desde sus comienzos los rasgos de una narración. Hay en él descripciones, enumeraciones, monólogos y diálogos.

Su marco no es sólo la naturaleza, sino también la ciudad, lugares geográficos y otros situados en ninguna parte, donde se gestan quimeras y designios.

La densidad de los siglos y la intensidad del instante están allí presentes, y entre ambos un telúrico fluir de poesía.

La idea generadora de este poema es el sentido mismo de la palabra "Vientos", es decir, movimiento, renovación, fuente eterna de vida: los hombres, sus obras, el poeta y su creación.

"Vientos" es una vasta epopeya escrita en prosa rítmada; contiene más de 3.000 líneas y está dividida en cuatro cantos, cada uno de los cuales está constituido por poemas en prosa.

El instrumento lírico adoptado por Saint-John Perse es el versículo, y los hay aquí hasta de 24 sílabas, sin que la unidad rítmica sea quebrada. Señalemos alguno:

"Acostaremos al anochecer las estaciones muertas con sus vestidos de gala y sus encajes de oro viejo".

(*"Vientos"*, p. 24)

Aunque los versículos sean bastante libres, en lo que concierne al número de sílabas, ellos obedecen a una métrica rigurosa. La rima está al interior de ellos, y no al final, como es de tradición.

La primera palabra de "Vientos" va a darnos la tonalidad de narración.

El narrador no es otro que el poeta mismo, quien nos describe al héroe del poema: el viento. Las fuerzas de estos grandes vientos sobre todos los rostros de la tierra están expresados por el superlativo "muy grande":

"Eran enormes vientos sobre todos los rostros del mundo.
Enormes vientos en regocijo por el mundo, que no tenían horizontes ni albergue.

Que no tenían miramientos ni medida, y nos dejaban, hombres de paja.

En el año de paja de su huella...

¡Ah, sí, inmensos vientos sobre todos los rostros de los vivientes!".

(Traducción libre de la autora, *"Vientos"*, p. 11)

Las primeras estrofas nos muestran la acción devastadora de los vientos y sus resultados.

Luego hay una invocación a esos horizontes infinitos que incitan a la aventura. El narrador los abraza con su mirada desde lo alto de las murallas y el viento es su aliado.

El narrador está vestido a la usanza mongólica. El admira la extensión y domina el tiempo: pasado, presente y futuro que en él se resumen.

En las estrofas siguientes, el narrador vuelve a tomar el hilo del relato.

Así, hay más o menos seis páginas consagradas a la descripción detallada del trabajo realizado por las fuerzas que los vientos desencadenan.

Luego, se borra por momentos la narración para dar lugar a diversas invocaciones, reflexiones y declaraciones del poeta. El hombre que hay en el poeta va a meditar en "La Basílica del Libro", libros que le parecen tristes y cuya ciencia no es para él, sino polvo del saber, del cual quiere alejarse, y él se dice: ¡Irse! ¡Irse!, es palabra de ser vivo, y son éstas las palabras que van a abrir las puertas a la acción.

"¿Y qué es, para mi dedo de hueso, todo aquel polvo de deterioro y de sapiencia, y toda esta inspiración polvorienta del saber?"

"Irse, irse! Palabra de vida".

(Traducción libre de la autora, "Vientos", pp. 22-23)

Luego, este primer canto termina indicando todas las disposiciones que se deben tomar antes de partir.

Estas palabras en forma exclamativas de "s'en aller, s'en aller!" serán ampliamente desarrolladas en el curso del segundo canto, que trata del movimiento y de la marcha hacia el Este, de los hombres y de la tierra, de los pájaros, de los ríos, de los insectos, de las islas, de los poemas.

El viento llevará todo este cosmos y el poeta lo seguirá.

Saint-John Perse dice: "Su rostro aún está en el viento".

En el tercer canto, el narrador vuelve a tomar el tema de la migración de los hombres suscitada por el viento. Pero hay hombres que gracias a su contribución en los trabajos destinados a abrir caminos de acceso a regiones nuevas, serán considerados los monitores entre los demás, los guías del razonamiento, y estos no son otros sino los poetas.

Esos grandes aventureros del alma cuya búsqueda no es ya de carbón, ni petróleo, sino de la fuerza, de la chispa latente en la almendra, en el óvulo y en el núcleo de las especies nuevas:

"Pues nuestra búsqueda no es ya de cobre ni de oro virgen, no es ya de huella ni de naftas, sino que, como en las pocilgas de la vida el germen mismo bajo su cayado, y como en los antros del vidente el timbre mismo bajo el relámpago, ¡buscamos, en la al-

mendra y en el óvulo y el núcleo de especies nuevas, en el hogar de la fuerza la chispa misma de su grito”.

(Traducción libre de la autora, “Vientos”, p. 73)

El canto cuarto está constituido por versículos impregnados de lirismo. Veremos aquí, más a menudo, aparecer el pronombre personal “yo” en lugar de “nosotros”.

En ese “nosotros” entraba todo lo que habría emigrado con el viento.

Los sucesos del canto tercero venían preparando el reino del poeta, y aquí lo encontramos pensando siempre en partir más y más lejos, y en su enseñanza alcanza el mar; el mar del Oeste y el más allá, donde su poema aún crecerá. Sin embargo, la enseñanza toca a su fin en el momento en que un relámpago imprevisto, que no es otra cosa que la conciencia misma del poeta, conciencia de su deber para con los hombres, lo impulsa a volver hacia el Este, hacia el viejo mundo, y el viento vendrá con los hombres, y el poeta dice: “Nous revientrons un soir d'automne et le vent avec nous” (“Volveremos una tarde de otoño y el viento con nosotros”).

El viento mantiene su alianza con los hombres; él les promete apurar la savia de sus actos y hacer madurar sus obras:

“Apresuraré la savia de vuestros actos, conduciré a la madurez vuestras obras”.

(Traducción libre de la autora, “Vientos”, p. 115)

Al mismo tiempo, les garantiza a los hombres la misión del poeta, que consistirá en velar por su destino, por lo que los hombres deben secundar al poeta.

El poema termina así en una doble alianza: La del viento con los hombres y la de los hombres con el poeta, y todo esto fue posible gracias a la tácita alianza que el poeta estableció con el viento desde el comienzo de la narración.

En este vasto poema cósmico, que reúne una serie de imágenes temporales y espaciales, Saint-John Perse no ha olvidado el reino interior del hombre, cuyo resplandor deja vislumbrar con acentos sobrecogedores.

ABSTRACT

In relation with the centenary's birth of this poet, professor Yvonne Etcharren makes a biographical sketch of him with commentaries about his poetical work.

REFERENCIAS

- ARANDA, Alfredo, "Saint-John Perse, Premio Nobel de Literatura". *El Mercurio, Sección Arte y Cultura* [Santiago], 1º.11.1960.
- SAINT-JOHN, PERSE, *Elogios y otros poemas*. Versión castellana de Jorge Zalamea, B. Costa-Amic (ed. imp.), México, D.F., 1946.
- SAINT-JOHN, Perse, *Oeuvres poétiques I Eloges, La Gloire des Rois, Anabase, Exil*. Paris, Edition Gallimard, 1960.
- SAINT-JOHN, PERSE, *Oeuvres poétiques II Vents, Amers, Chroniques*. Paris, Edition Gallimard, 1960.
- YOURCENAR, Marguerite, *Oeuvres romanesques, Memoires d'Hadrien*. Paris, Edition Gallimard, 1982.